

La novela que ha inspirado la serie de **rtve** y **eitb**

SAGA  
**TOURÉ**  
1

# TOURÉ

*19 cámaras*

JON ARRETXE



erein

# **TOURÉ**

*19 cámaras*

48

---

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el  
Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

*2.ª edición: Febrero de 2024*

Título original:

*19 kamera*

Diseño de la colección:

Cristina Fernández

Imagen de portada cedida por  
RTVE y EITB productoras de la serie

Maquetación:

Erein

© de la traducción:

Cristina Fernández

© Jon Arretxe

© EREIN. Donostia 2024

ISBN: 978-84-9109-953-6

D. L.: D 180/2024

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

[erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: [edizioak@itxaropena.net](mailto:edizioak@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# TOURÉ

*19 cámaras*

JON ARRETXE

Traducción de Cristina Fernández

Edición revisada y actualizada por el autor

| Febrero de 2024 |

erein

*Aitor, Amparo, Ana, Ane, Angel, Arturo,  
Borja, Carlos, Cosme, Cristina, Elena,  
Fernando, Garbiñe, Gorka, Herve Zabui,  
Iratxe, Javi, Juliet, Khalid, Leire, Maika,  
Miguel Angel, Nahia, Patrizia, Patxi, Rafa,  
Rosario, Santi, Susana, Thomas, Tito, Unai,  
Zuriñe...*

*A todos mis amigos de San Francisco que  
tanto me han ayudado con esta novela.*

# 1



No podía creerlo. Fruncí el ceño intentando aguzar la vista; no podía ser. Arqueé las cejas y abrí los ojos al límite, luego los cerré con fuerza, los volví a abrir; era imposible, pero aquello seguía allí. Entonces enfoqué el botellín a medio vaciar que tenía entre las manos, ¡si aún no era más que la primera cerveza que probaba en toda la tarde! De repente pensé en el bizcocho. ¡Claro, eso tenía que ser!, ¡a eso se debía aquella alucinación! Aquel lunes Osmán, mi compañero de piso, había preparado un pastel de marihuana, y como quien no quiere la cosa yo me había trincado un buen trozo entre sorbo y sorbo de té. Puede que ya empezara a sentir los primeros efectos de aquella merienda o puede que, más bien, ya estuviera totalmente colocado. Por otra parte, había que tener en cuenta que *El Búho Negro* era un antro claustrofóbico de

atmósfera penumbrosa, apenas iluminado por unas lámparas de luz roja. Y a pesar de todo, yo habría jurado que era real aquello que veían mis ojos, que al otro lado de la barra había un cartel trazado torpemente a mano donde se podía leer: «*Mamadas a 2 euros*».

En aquel agujero de la calle Cortes de Bilbao, aparte de mí solo había otro cliente: un chino enganchado a la máquina tragaperras. El individuo en cuestión parecía hipnotizado, observaba sin pestañear el incesante desfile giratorio de frutas de colores mientras la camarera, una mujer de al menos sesenta años, se dedicaba a secar con desgana, y un trapo ajado y lleno de agujeros, unos vasos que ya estaban secos. Pegué el penúltimo trago al botellín y me froté los ojos en un enésimo intento de enfocar la vista. Nada, que ni poca luz, efectos alucinógenos, ojos cansados ni puñetas, allí ponía lo que ponía: «*Mamadas a 2 euros*».

Apuré mi cerveza y pedí otra sin despegar la vista del dichoso cartel. La vieja de la barra dejó a un lado su quehacer y se acercó con paso cansino hasta donde yo estaba. Una coleta lacia y desteñida recogía en su coronilla lo que alguna vez pudo haber sido una larga melena rubia, y un puñado de arrugas se desparramaba sobre su rostro. Apoyándose en el mostrador, se inclinó hacia mí mirándome desafiante.

—¿Tienes con qué pagar? —Casi me escupió la pregunta.

En respuesta a su desconfianza, saqué un billete de diez euros y lo deposité dignamente sobre la barra. «Saca otra y cóbrate las dos», le dije, cuidándome bien de volver a guardar mi cartera descosida sin que se notara que aquel dinero era lo último que me quedaba. La mujer sacó otro botellín de la cámara, agarró el billete de diez euros, abrió la caja, lo metió dentro y volvió a cerrar sin darme las vueltas.

—No te había visto antes por aquí. ¿Vives en el barrio?

—Ahí abajo —le dije—, en la calle San Francisco.

—Vaya, y ¿desde cuándo?

—Hace un par de años —exageré—. Y tú ¿hace mucho que trabajas aquí?

Entornó sus párpados para lanzarme una mirada de resentimiento entre sus pestañas postizas. Por lo visto, no le había hecho mucha gracia mi pregunta.

—Yo nací encima de este bar —espetó, irguiendo la espalda con orgullo, al tiempo que señalaba hacia el piso superior—, y siempre he trabajado aquí, desde la época de las minas.

—¿Qué minas?

No me respondió. Sacudió la mano en señal de hartazgo y cambió de tema recuperando su anterior tono de desconfianza.

—A ver, dime la verdad, ¿qué coño has venido a hacer a mi bar?

—Nada, solo quiero conocer un poco mejor el barrio. A fin de cuentas vivo en la calle de al lado.



—Todos los hombres que pasan por la Palanca vienen de putas, ninguno viene de paseo ni simplemente a tomar un trago, y tú no has hecho ni caso a las chicas que te han entrado —Señaló con la cabeza hacia la salida del club, refiriéndose a las fulanas que hacían la calle—, así que no me vengas con cuentos.

Las prostitutas apostadas a la entrada de los locales formaban parte del paisaje urbano de Las Cortes. Algunas eran casi unas niñas, otras eran aún mayores que la vieja de El Búho Negro. Las había de carnes generosas y otras más secas que el palo de una escoba; algunas de piel blanquísima, otras más morenas, otras negrísimas... Si había algo que tenían en común todas ellas era su aspecto miserable. Fuera como fuera, con mi falta de solvencia no hubiera podido pagar ni el servicio más barato.

—Hoy no me apetece —le respondí—, tal vez otro día.

—¿Me estás tomando el pelo? —Dijo con tono agrio—. No me gustan los camellos, así que si eres uno de ellos, ya sabes: ahí tienes la puerta.

Sorbí un trago de la botella, tranquilamente. Luego metí una mano en el bolsillo trasero de mis vaqueros y saqué una tarjeta que puse frente a los morros de la vieja. Ella, desafiante, la arrancó de mis dedos y se dispuso a leerla atisbando entre sus largas pestañas de plástico. Alejó la cartulina tanto como se lo permitió la longitud de su brazo y comenzó a leer en alto, no sin dificultades, aprovechando un raquítico haz de luz rojiza que caía sobre la barra.

## PROFESOR TOURÉ

*Gran vidente africano, con rapidez, eficacia y garantía.*

*Experiencia en todos los campos de la alta magia. Ahuyenta la mala suerte, protege contra el mal de ojo, soluciona cualquier situación por difícil que sea: problemas de salud, de negocios, sentimentales... Conocedor de todo tipo de hechizos para atraer a la persona amada, encontrar trabajo, solucionar la impotencia sexual, aprobar exámenes, etc.*

*Resultado garantizado 100% en poco tiempo.*

*Si quieres lograr una nueva vida LLÁMAME.*

*Móvil: 555 013 120*

—«Si quieres lograr una nueva vida llámame», joder, qué bueno! —me dijo con aire socarrón mientras levantaba la vista hacia mí. Entonces me di cuenta de que aquella mujer debía de haber sido muy guapa en sus buenos tiempos, con aquellos ojos claros y aquella sonrisa de alineación perfecta aunque amarilleada por el tiempo.

—¿De verdad haces todo esto? —Continuó con tono de incredulidad.

—Todo.

—¿Y a buen precio?

—La primera consulta por solo veinte euros. De ahí en adelante depende del caso.

—Magia africana, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Pero de dónde has salido tú? —Me preguntó entre carcajadas.

—De Gorom-Gorom —respondí sin saber muy bien si se trataba de una pregunta retórica o si realmente quería saber de dónde era.

—¿Y dónde coño está eso? —Volvió a preguntar mientras superaba los últimos coletazos de risa y se secaba las lágrimas teñidas de rímel con el mismo trapo agujereado que antes había utilizado para sacar brillo a los vasos.

—Es un pueblo pequeño, al norte de Burkina Faso, a las puertas del desierto.

Viendo la jeta que me puso, estaba claro que aquella mujer no tenía ni idea de por dónde cae Burkina. Bueno, eso le pasaba a la mayoría de la gente, ya me había acostumbrado. De cualquier modo, rápidamente cambió su expresión de desconcierto por su anterior actitud burlona.

—Si eres capaz de hacer tantos milagros, seguro que tu móvil no para de sonar.

—No te creas, de momento no tengo demasiado trabajo. Hace poco que he hecho las tarjetas y ahora me toca repartirlas. ¿Te importa si dejo unas cuantas aquí para que se las lleven tus clientes?

El ruido metálico de una cascada de monedas interrumpió súbitamente nuestra conversación. La vieja dejó

mi tarjeta sobre la barra y estiró el cuello como un pavo, en dirección al chino de la tragaperras, dirigiéndole una mirada muy poco amistosa. La máquina seguía vomitando monedas, armando un escándalo del demonio. Aun así, el hombre permanecía observando impasible, sin alterar su rostro ni un ápice.

Entonces mi atención volvió a quedar atrapada en el letrero de la pared. Estaba claro lo que allí ponía...

—No sé cómo hostias lo hace —escuché al otro lado de la barra.

—¿Perdón?

—Que no sé cómo lo hacen los putos chinos para sacar siempre el premio gordo —se lamentó la señora del bar.

—Yo tampoco, aunque no me importaría saberlo —contesté sin perder de vista el turbador cartelito.

—Vaya, ¿estás interesado o qué? —Interrogó ella, cayendo en la cuenta de que, en realidad, poco me importaba lo que sucedía en la tragaperras. Nos quedamos los dos mirando hacia la pared.

—¿Has puesto tú ese cartel?

—Pues claro, este es mi bar.

—Tengo una duda: donde pone 2, ¿es realmente un 2 o es que el 0 de detrás no se ve bien?

—Pone 2, «*Mamadas a 2 euros*». ¿Quieres probar o qué?

Tuve un momento de duda.

—¿Mamadas a dos euros y cervezas a cinco? No parece muy normal.

—Me importa un pimiento lo que a ti te parezca. ¿Vas a probar o no?

—Pues... —Palpé con disimulo a ver si me quedaba alguna moneda suelta por ahí—, ¿eres tú la que las hace?

—Yo estoy retirada —arqueó las cejas, muy digna—. Todavía hago algún trabajito, muy de vez en cuando, pero solo si se trata de algún cliente especial. Y por ese precio no, claro.

Estuve tentado de preguntarle por cuánto lo hacía ella, pero al final preferí aguantar la curiosidad.

—Entonces ¿quién es la del cartel?

—Mi sobrina. Hace poco que ha llegado a Bilbao. Y decídate ya, coño, ¿estás interesado o no?

—Sí —respondí en cuanto comprobé que aún me quedaba suficiente calderilla en el bolsillo—, ¿por qué no?

La vieja abrió una trampilla situada en la misma pared, cerca del letrero, e hizo sonar el timbre que había a su lado.

—¡Cristi! —voceó a través del hueco.

—¿Qué? —Se escuchó desde el otro lado.

—¿Estás libre?

—Sí.

—Te mando un cliente.

—Vale.

La señora cerró la pequeña portezuela y me hizo un gesto con la cabeza, señalando hacia la salida del bar.

—Entra en el portal de al lado y sube al primero izquierda. Te está esperando.

—Cristi.

—Sí.

—¿Es lo mismo que Cristina?

—¡Pues claro! —refunfuñó la mujer antes de darme la espalda para volver a la estresante labor de secar los vasos secos.

Yo también me di la vuelta en dirección a la calle, pero a mitad de camino me detuve recordando el verdadero motivo por el que había entrado en aquel garito.

—Oye.

—¿Otra vez? —Levantó la cabeza con desgana.

—Perdona, pero es que todavía no me has dicho si puedo dejarte unas tarjetas. Para repartirlas entre los clientes, ya sabes. Te lo agradecería mucho.

—¿Y cómo me lo agradecerías, si puede saberse?

—Te daré una comisión por cada cliente que me envíes.

—¿Cuánto?

—El diez por ciento, ¿de acuerdo?

La vieja se quedó pensativa durante un instante.

—¿Un diez por cien de lo que le saques a cada uno?

—No, un diez por cien del primer pago.

—¿El diez por cien de veinte euros?! ¡Anda ya!, ¿te quieres quedar conmigo?

—Bueno... —respondí haciéndome un poco el duro—; por ser tú..., te daré el diez por cien de todo lo que le saque a cada cliente que me consigas.

—Hala, pues ya está: conforme. Trae para acá esas tarjetas.

Volví hasta la barra y le entregué un taquito de papeletas.

—Antes de irme..., ¿cómo te llamas?

—Loles, ¿y tú?

Señalé hacia las tarjetas.

—Claro, Touré, profesor Touré.

—Eso es.

—Muy bien. Suba arriba, profesor, antes de que mi sobrina se arrepienta.

Por primera vez, me pareció adivinar un gesto casi amable en aquella cara apergaminada, y pensé que, después de todo, quizás acabara arreglándome bien con ella.

Pero aquel rostro volvió a transformarse en cuanto se acercó a la barra el chino de la tragaperras, con un vaso de plástico rebosante de monedas, pidiendo cambio. No pude oír bien la respuesta de Loles, pero el tono no fue precisamente amistoso.

\* \* \*

Casi a ciegas, acompañado de un débil pero obstinado zumbido de oídos, comencé a subir los quejumbrosos

peldaños de madera que me llevarían al primer piso de aquel edificio antiguo. No sabía lo que iba a encontrarme, aunque por aquel precio y en aquella calle, podía hacerme a la idea. Por eso, cuando una vez arriba se abrió la puerta, froté de nuevo mis ojos ante la sospecha de estar soñando. Y es que me dio la bienvenida una sonriente joven pelirroja de largo cabello rizado, piel blanquísima, pechos exultantes y caderas sinuosas. Vamos, que era la mujer europea con la que hubiera soñado cualquier africano.

—*¡Sa Kené!* —fue lo único que pude decir.

—¿Qué? —Respondió ella con expresión divertida—. Vamos hombre, entra —me animó al ver que me había quedado en la puerta, con la boca abierta como un pasmarote.

—Oye —le dije, incrédulo, al cruzar el umbral—, ¿es verdad lo que pone en el cartel del bar?

—Sí.

—¿Haces mamadas a dos euros?

—Sí; podría decirse que es una especie de promoción. Acabo de llegar a la Palanca y tengo que hacer clientela. Encima estamos en crisis, ¿no?

—Eso dicen, sí... Pero ¿no se van a mosquear contigo las mujeres de la calle por tirar los precios de esta manera?

—De momento nadie ha venido a quejarse. Tengo suerte de que mi tía sea una persona tan respetada. Es una



institución en este barrio, ¿sabes? Además, ya te he dicho que esto solo es una especie de oferta por apertura de negocio; pronto subiré la tarifa.

—¿Cuánto tiempo lleva puesto el cartel?

—Creo que mi tía lo ha puesto hoy mismo. Tú eres mi primer cliente.

—Un gran honor para mí. Pero, en cuanto esto se sepa, vas a tener docenas de hombres haciendo cola para entrar.

—Eso espero.

—Cuando se lo cuente a mis colegas de San Francisco van a flipar. ¿Quieres que les avise?

—Claro, te lo agradeceré.

—¿Cómo? ¿Me darás una comisión?

Estábamos a la entrada del cuarto de baño. Me sonrió apoyada en el marco de la puerta.

—¿La comisión de dos euros? Sí, hombre. Anda, quítate los pantalones y lávate un poquito, ¿vale? Te espero en la cocina.

Obedecí como un niño bueno. Pasé dentro, me desnudé de cintura para abajo y esperé a que el agua de la ducha comenzara a salir un poco más templada. Me miré en el espejo del lavabo mientras sentía el despertar de mi entrepierna. Eran evidentes los efectos del bizcocho de maría, no había más que mirarme a los ojos, además tenía una cara de merluzo que no podía con ella. Pero me daba igual, estaba alucinando y no tenía ninguna intención de despertarme para salir de aquel sueño.